



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía. Facultad de
Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

Temporización y repetición en Freud, Deleuze y Derrida

Lucas Domínguez Rubio (UBA)

1

En la primera página de *Más allá del principio de placer*, Freud advierte sobre el carácter fuertemente especulativo que tendrá el texto: sostiene que ya que trata sobre el “sector más oscuro e impenetrable de la vida anímica”, “debe dejársenos en completa libertad para construir sobre él”. El objetivo consiste en resolver un problema que se arrastraba de esquemas anteriores: si por un lado la vida psíquica es regida por un principio de placer y, además, por otro lado, otra de las tendencias del aparato anímico es conservar lo más baja posible la cantidad de excitación en él, luego, los dos principios se confunden, o uno resulta derivar del otro, en tanto la elevación de la excitación produce displacer y ambas tendencias llevan a estabilizarlo. De esta manera el principio de realidad no abandonaría el placer como objetivo, sólo tiende a evitar posibles desestabilizaciones mediante rodeos que a fin de cuentas terminan siendo el camino menos displacentero. Claro que, en el marco de este planteo, parece entonces muy difícil aventurar alguna hipótesis más allá del principio de placer. Pero, dice Freud, es inexacto pensar que un principio de placer rige la vida psíquica; ya que en dicho caso sus procesos tenderían a ser más bien placenteros, y esto claramente no es así.

Con esto en mente, a partir de algunos datos experimentales sobre neurosis traumáticas y la observación de algunos juegos propios de los niños, Freud concluye que

“en la vida anímica existe realmente una obsesión de repetición que va más allá del principio de placer (...). Mas, de todos modos, debemos decirnos que sólo en raros casos podemos observar los efectos de la obsesión de repetición por sí solos y sin ayuda de otros motivos”¹.

Esta obsesión de repetición, sostiene Freud, parece propia de la naturaleza misma y es ilustrada entonces con diversos ejemplos: en ciertos protozoos, en la migración de las aves que repiten el lugar en que sus ancestros anidaron sin ninguna necesidad climatológica, y, en general, en el carácter conservador de los instintos, etc; por lo que, dice, en el aparato psíquico, “la obsesión de repetición parece ser más primitiva, elemental e instintiva que el principio de placer al que se sustituye”². El principal análisis del texto, que recayó en los casos de traumas y juegos infantiles y es extrapolado al psiquismo en general, explica esta

¹ Freud, S., *Más allá del principio de placer* (1920), en *Sigmund Freud Obras Completas Tomo 3*, traducción por L. López-Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 2517.

² Freud, S., *Más allá del principio de placer*, p. 2517.

obsesión de repetición como la reiteración de un mismo hecho “fuera del tiempo”, en tanto inconsciente, que se repite por no poder ser conscientizado.

“El enfermo no puede recordar todo lo en él reprimido, puede no recordar precisamente lo más importante y de este modo no llegar a convencerse de la exactitud de la construcción que se le comunica, quedando obligado a repetir lo reprimido como un suceso actual...”³,

por lo que, sostiene Freud: “la compulsión de repetición debe atribuirse a lo reprimido inconsciente”⁴: se repite porque se reprime.

De esta manera, la idea de repetición parece requerir una represión, e incluso suponerla como causa. En *Más allá del principio de placer*, la transferencia se muestra como otra tendencia psíquica necesaria que, junto con el concepto de represión, forman dos tendencias temporales de la compulsión de repetición. De alguna manera, nuestros deseos siguen dirigidos a hechos pasados que se mantienen virtuales, no nos queda más opción que transferir la energía libidinal allí puesta y actualizar estos deseos en el presente. Esta concepción de la transferencia es novedosa respecto a obras anteriores; ya no es entendida solamente como un conflicto entre el yo con los objetos en donde pone o no pone su energía libidinal, también desde aquí encontramos que “se ve claramente que la obsesión por repetir, en la transferencia, se sobrepone en absoluto al principio de placer”. Desde la transferencia, la repetición es entendida en su necesidad de tomar nuevas determinaciones hacia el futuro; sin embargo, al ser puesta en los términos negativos del trauma, no puede ser pensada más que como una condena oculta. Ya que es necesario actualizar de un lugar a otro la libido del deseo, pero al mismo tiempo, al no poder elaborar el recuerdo anterior, tendemos a repetirlo de la misma manera; y como vemos, desde ambos puntos de vista, el “destino” queda determinado por las “tempranas influencias infantiles”⁵.

Así, de todos modos, transferir y reprimir se confunden y llevan a una repetición de “lo mismo”. Por lo que Freud va a inquirir sobre el posible vínculo entre la compulsión de repetición y el instinto de muerte Tánatos. La postulación de una compulsión profunda de repetición, que surge entonces de una necesidad especulativa con el fin de explicar las tendencias displacenteras claramente patentes en la psiquis, son “demoníacas” porque explícitamente las vemos en los traumas que llevan a vivir sucesos pasados como presentes. Esta repetición explica todos los complejos psíquicos que surgen a partir de huellas mnémicas capaces de producir distintos traumas en tanto no conscientizadas. Cuando se dirigen hacia el propio aparato psíquico, las pulsiones profundas de repetición son tanáticas en tanto tienden a una repetición radical e intentan evitar máximamente la excitación producida por las novedades, para así agotarse en una identificación definitiva con la materia. Además, permiten, en *Más allá del principio de placer*, explicar también el sadismo (cuando las pulsiones tanáticas no se dirigen hacia el propio aparato psíquico sino que se exteriorizan hacia otro en el acto sexual) y el masoquismo (cuando se exteriorizan hacia el propio organismo).

³ Freud, S., *Más allá del principio de placer*, p. 2515.

⁴ Freud, S., *Más allá del principio de placer*, p. 2516.

⁵ Freud, S., *Más allá del principio de placer*, p. 2516.

Entonces, a grandes rasgos, como ya dijimos, la libido conforma los “instintos sexuales” al aplicarse a objetos y los “instintos del yo” cuando se dirige hacia el aparato psíquico mismo; y así llegamos a que todos los instintos, hasta los de conservación, son libidinosos y nuestra libido en sus dos caminos (el directo y el prudente) “coincidiría con el Eros de los poetas y filósofos”. De modo que la especulación hace actuar a Eros como principio de vida opuesto al instinto de muerte surgido por la animación de lo anórgánico. Por lo que, se abandonó la antítesis entre instintos del Yo e instintos sexuales, pero, “en su lugar, apareció otra entre instintos libidinosos y los demás que pueden estatuirse en el Yo y constituir quizás los instintos de destrucción”⁶. Y las pulsiones de vida Eros y las pulsiones de muerte Tánatos constituyen entonces, en este modo de pensar conflictivamente el inconsciente, un nuevo dualismo, quizás ahora más profundo o más allá del anterior. Sin embargo, hay que ver hasta dónde constituye esto un cambio. También el instinto de muerte Tánatos, que se presenta como la máxima distensión (donde igualarse a la materia representa una identidad consigo mismo que evita radicalmente toda tensión) se presenta en una lucha permanente con Eros que se muestra así tendiente a provocar tensión e insatisfacción. De todas maneras, como vemos, la relación entre los impulsos tanáticos, la compulsión de repetición y las tendencias autodestructivas no queda clara en *Más allá del principio de placer*, sino sobre todo problematizada.

2

Deleuze retoma problema en particular, y de este texto en el que Freud pone en discusión todos sus conceptos fundamentales en general, y se atreve a realizar su propia especulación: en la que reformula los términos psicoanalíticos para proponer críticamente cuáles son los principios que rigen según él la conformación del aparato psíquico. Su recorrido retomará varios problemas que quedaron recién planteados, aunque, desde ya, buscará contener muy distintas consecuencias y evitar varios de los elementos que, en el apartado anterior, quisimos reconstruir someramente. Tengamos en claro cuáles serán los objetivos de la propuesta de Deleuze. *Diferencia y repetición* querrá abandonar “el punto de vista económico”⁷, conflictivo y antitético en la explicación del inconsciente; y también buscará que la diferencia intensiva inicial del Ello no se vea luego llevada indefectiblemente a repetir hechos psíquicos y mnémicos del pasado personal en forma mecánica. Tener presente la anterior esquematización del devenir de los conceptos freudianos y los objetivos del recorrido deleuziano, nos permite vislumbrar cuáles son los aspectos de la teoría de Freud criticados en *Diferencia y Repetición*. En síntesis, la crítica principal es acerca de la concepción freudiana de repetición que toma el pasado subjetivo como determinante original del presente y del futuro en un enfoque solipsista del psiquismo. Pero, además, en la obra freudiana esta concepción solipsista se encuentra relacionada a una idea de repetición material y mecánica y a un carácter conflictivo del inconsciente. Veamos.

En “Freud y la escena de la escritura”, Derrida cita el *Nietzsche y la filosofía* de Deleuze para dar cuenta de cómo, tanto para Nietzsche como para Freud (y también tanto para Deleuze como para Derrida) la mayor actividad es inconsciente y se da como un juego de fuerzas e

⁶ Freud, S., *Más allá del principio de placer*, nota 1511, pp. 2537-2538.

⁷ Freud, S., *Más allá del principio de placer*, p. 2507.

intensidades cuyo producto son la consciencia, la presencia y la representación.⁸ En el segundo capítulo de *Diferencia y repetición*, Deleuze llama la atención sobre el mismo texto inaugural de Freud del que parte Derrida. Allí dice Deleuze: “según el célebre *Proyecto...* freudiano de 1895, la vida biopsíquica se presenta bajo la forma de un campo intensivo en el que se distribuyen diferencias determinables como excitaciones y diferencias de diferencias determinables como drenaje”⁹. Y este es el punto de partida de Freud que Deleuze acepta gustoso. Ya que este campo corresponde al Ello freudiano, “o por lo menos, a la capa primaria del Ello”¹⁰, y obliga a pensar la conformación del aparato psíquico desde un sistema primero de diferencias entre intensidades que, provenientes tanto del interior como del exterior, se determinan entre sí. Aunque, como dijimos, a partir de aquí buscará lograr un recorrido bien diferente.

Entonces, tenemos dos puntos que interesan de la teoría desarrollada por Freud en *Diferencia y repetición*: un Ello inicial que se forma a partir excitaciones producidas por diferencias de intensidad, y una idea de repetición profunda del inconsciente, que aparece vinculada a la pulsión de muerte, al concepto de represión y al concepto de transferencia. En *Diferencia y repetición*, en principio, la noción de transferencia no es criticada directamente y se subraya su relación con las cuatro paradojas del tiempo desarrolladas por Bergson en *Materia y memoria* (la contemporaneidad del pasado con el presente, la coexistencia del pasado con el presente, la preexistencia completa del pasado respecto del presente y la coexistencia simultánea de todo el pasado consigo mismo en varios niveles de contracción). Lo que en el texto funciona para abrir la idea de la temporalización paradójica del inconsciente, y el problema en cuanto a cómo distintos estratos de pasado configuran *a priori* el presente. La crítica dominante a la idea de repetición en Freud se hará sobre el flanco que quedó más visible: la represión.

Ya que, en cambio, Deleuze sostiene que el modo en que Freud desarrolló los conceptos de fijación, represión, regresión, escena original y, además y principalmente, su concepción del instinto de muerte, dan pruebas acerca de la manera en que pensó la repetición. En tanto, en *Más allá del principio de placer*, varias patologías psíquicas fueron explicadas como consecuencias de una compulsión a repetir el mismo hecho mnémico que no se puede elaborar, Freud consideraría una repetición profunda, más allá de otros principios, pero bruta y desnuda. Es decir, como una repetición de lo mismo, que conlleva siempre un término mnémico primero que se repite igual, y se supone último con respecto a los disfraces que lo recubren a través de las repeticiones. Y esto es lo que lleva, en el primer capítulo de *Diferencia y repetición*, a distinguir entre una repetición desnuda, bruta, mecánica y material, y una repetición puro disfraz.

Si el Ello parte de una naturaleza producida por diferencias de intensidad (es decir, si queremos pensar que lo que difiere se parece y no que lo que se parece difiere), no existe nada por debajo de los disfraces, es decir, ningún sentido último más allá de la forma exterior de lo que aparece. La repetición es así lo que se forma en la serie de varios

⁸ Derrida, J., “Freud y la escena de la escritura”, conferencia pronunciada en el Institut de Psychanalyse en marzo de 1966, en: Derrida, J., *La escritura y la diferencia* (1967), Madrid, Editora Nacional, 2002, p. 324.

⁹ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 184.

¹⁰ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 154.

disfraces y no hay nada más allá de los disfraces mismos. En esta concepción no puede hablarse entonces de un primer término que se repite. El paso de un elemento singular a otro es lo que produce la repetición y brinda las diferencias en la repetición. Y un elemento que no se repite en la serie, y que puede decirse queda así reprimido, no puede entonces ser pensado desde el punto de vista negativo del trastorno. Al repetir queda un elemento sin repetir y se reprime porque se repite¹¹. Así se ha invertido la fórmula: olvido porque repito, reprimo porque repito. Por eso mismo, en definitiva, la crítica de Deleuze consistiría en que Freud no consideró a esta repetición como originaria, sino como consecuencia de elementos reprimidos. Aunque, en cambio, la idea de una repetición profunda como principio último del psiquismo sí lleva a sostener con Deleuze una *represión originaria*. Y esto quedará muy bien explicado cuando veamos cómo lo aborda Derrida: no hay traducción perfecta de un texto a otro, siempre queda un resto sin traducir que, sólo desde una óptica negativa, puede ser visto como reprimido. No se disfraza porque se reprime, sino que se reprime porque se disfraza.

Lo que se relaciona con lo que Deleuze llama un bloqueo natural de la represión¹². En el primer capítulo de *Diferencia y repetición* Deleuze distingue entre un bloqueo lógico y tres tipos de bloqueos naturales. Los distintos bloqueos del concepto tratan de los diferentes modos en que el concepto, o bien lógicamente o bien naturalmente, no puede abarcar la multiplicidad bajo una mismidad; por lo que deben reconocer bajo ellos una repetición que se les escapa. De modo que, los bloqueos naturales del concepto consisten entonces en tres modos (propios de los conceptos nominales, los conceptos naturales y los conceptos de la libertad) en que, por una insuficiencia natural de cada uno de estos tres tipos de conceptos, no pueden dar más que una explicación negativa de la repetición desde el punto de vista de su mismidad. Es el tercer tipo de bloqueo natural el que explica esta *represión originaria*. El concepto no funciona de la misma manera en sus distintas apariciones, en su uso la generalidad abarca distintos aspectos, pierde otros, y se funda necesariamente sobre una represión originaria. Si una rememoración posee una comprensión infinita, y abarca toda la particularidad de una escena pasada en-sí, el Yo reconoce como propia la rememoración pasada sin poder elaborarla totalmente, de manera que, alguna parte, al menos, de esta rememoración carece del reconocimiento para sí de la conciencia. De esta manera, en el curso de la acción se desarrollan saberes y se ponen en juego prácticas que explicamos y reconocemos conceptualmente de manera siempre incompleta. Aunque, sin poder conocer y elaborar estos saberes, se los pone en acto, se los repite. De un punto a otro de la serie, esta rememoración es así una imposición: una compulsión que debe tener repetición. Y la repetición aparece en este bloqueo como el inconsciente de la representación. Por lo que, dice Deleuze, “desde el punto de vista de cierto freudismo es posible desentrañar el principio de relación inversa entre repetición y conciencia, repetición y rememoración, repetición y reconocimiento”¹³. Retengamos esta relación inversa. En *Diferencia y repetición* esto es explicado desde la tragedia y el teatro. El saber reprimido, el

¹¹ Por lo que, dice Deleuze, una patología que lleva a repetir un mismo acto “ceremonial” una y otra vez obsesivamente puede ser vista como una repetición mecánica y bruta de lo mismo, pero hay que atender a que es esta compulsión a repetir la que recubre y oculta una repetición más profunda. Siendo este “ceremonial” mismo una envoltura exterior, parte de una repetición derivada, secundaria, que supone siempre por debajo una repetición disfrazada.

¹² Cf. Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 44-46.

¹³ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 41.

saber esotérico del sentido común está por toda la obra, y el protagonista “no sabe que sabe”: “el héroe no puede representarse, debe ponerlo en acto, interpretarlo, repetirlo”¹⁴, hasta el momento del reconocimiento.

Ahora. Las dos consecuencias a evitar y a modificar de la especulación realizada por Freud (el solipsismo y la originariedad de las series infantiles) se realizan dando cuenta de la inevitable apertura al ámbito simbólico del SE impersonal en la que queda el inconsciente al conformarse. La primera de las tres síntesis temporales que rigen la conformación del inconsciente más allá del principio de placer, postuladas por Deleuze en el segundo capítulo de *Diferencia y repetición*, comienza a seriar estas diferencias de intensidades hacia la organización de una capa del Ello. Las intensidades producen excitaciones que ya son una contracción, y son estas contracciones las que al sucederse van a formar “una repetición elemental”. Luego, en la medida en que estas contracciones de excitaciones también se repiten son vinculadas por la síntesis contractante como contemplaciones o contracciones de segundo grado que Deleuze llamará pasajeras; y las pulsiones serán también a su vez investiduras ligadas. De esta manera, los *moi* pasivos y larvarios propios de la primera síntesis del tiempo se forman así a cada nivel del Ello dando lugar a una capa signica. A partir de aquí, ya vislumbramos de qué manera la distinción leibniziana entre percepción y apercepción resulta tan útil para entender gran parte del recorrido de *Diferencia y repetición*. El ejemplo de Leibnitz retomado por Deleuze es acerca del murmullo de las olas. Nos afectan infinitas percepciones, cada gota al impactar contra otra causa un sonido, y tomamos conciencia sólo de su resultado. Existe así una intensidad perceptiva, “parte de una sensibilidad primaria que somos”, que posibilita la sensibilidad y el pensamiento y no puede ser sentida ni pensada. Las contracciones que forman la capa básica del Ello hacen que la constitución primaria y pasiva resulte indistinguible de su percepción.

“Somos Agua, tierra, luz y aire contraídos, no sólo antes de reconocerlos o de representarlos, sino antes de sentirlos. Todo organismo es, en sus elementos receptivos y perceptivos, pero también en sus vísceras, una suma de contracciones, de retenciones y de esperas”¹⁵.

Tenemos el comienzo intensivo que se rescata del *Proyecto...* y toda una comprensión signica inconsciente que poseemos como una experiencia de fuerzas sin representación que actúan en el espíritu sin intermediario, “y que lo unen directamente a la naturaleza y a la historia, en un lenguaje que habla antes que las palabras”¹⁶.

Esto a nivel de la primera síntesis del tiempo *Habitus*. Pero además *Mnemosine* y *Eros*, las síntesis activa y pasiva de la memoria, forman series de objetos reales representados “para nosotros” y series de objetos virtuales parte de un “inconsciente intersubjetivo”. Debemos tener en cuenta que, en el desarrollo especulativo de Deleuze, a través de las tres síntesis

¹⁴ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 41, (subrayado de Deleuze).

¹⁵ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 123. “no debemos solamente distinguir formas de repetición con respecto a la síntesis pasiva, sino niveles de síntesis pasivas y combinaciones de esos niveles entre sí, y combinaciones de esos niveles con las síntesis activas. Todo esto forma un rico campo de signos, que envuelve cada vez más lo heterogéneo y anima el comportamiento” (123)

¹⁶ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 34.

temporales que rigen la conformación del inconsciente, los objetos virtuales quedaron funcionando en un nivel importante del aparato psíquico. Y si el sentido común apela a la intersubjetividad a través del reconocimiento general en las formas de la representación (identidad, semejanza, equivalencia y oposición), por otro lado, la intersubjetividad que se desprende de las síntesis pasivas y los objetos virtuales, se encuentran intersubjetivamente pero subrepresentativamente.

El instinto de muerte, caracterizado como una tercera síntesis tanática, brindaría vivencia fenomenológica del derribamiento de las identidades. Al revés que en *Ser y Tiempo*, según Blanchot, la propia muerte es aquella que se considera material y externa. En cambio, hay otra muerte impersonal, un “se muere”, que indica el estado fisurado del Yo y el estado disperso de los *moi* por los distintos símbolos históricos y sociales, que hace explícito así el estado de las diferencias libres iniciales. Hay entonces dos cuestiones heideggerianas (la influencia está clara desde el prefacio): aparece el SE impersonal y la muerte como posibilidad liberadora. Pero, aquí es imposible empuñar la propia propiedad y salirse del SE. Ya que, en cambio, el instinto de muerte es “la *experiencia vivida* del eterno retorno”¹⁷, la forma vívida de ver pasivamente el Yo fisurado, los *moi* desparramados, el campo inicial de diferencias y repeticiones primero del cual las identidades son un producto. Y es en relación a este punto que Deleuze desarrolla su noción de instinto de muerte, “se vuelve evidente que la idea de un instinto de muerte debe ser comprendida en función de tres exigencias paradójicas complementarias: dar a la repetición un principio original positivo, pero también una potencia autónoma de disfraz y, por último, un sentido inmanente en que el terror se mezcla estrechamente con el movimiento de la selección y la libertad”¹⁸. Veamos entonces que el instinto de muerte aquí no aparece relacionado ni con una tendencia a la estabilidad, ni con la angustia ni con la posibilidad del solipsismo. Más bien quiere aparecer vinculado con un morirse en el complejo simbólico siempre irreductible del Otro que se ve así como pre-individual. Por lo que el Otro por excelencia que es el SE impersonal, este ser-con-estructuralista, resulta “subrepresentativo” y no representativo, y es vivido pasivamente como “una falla o rajadura en el Yo, una pasividad en el sí mismo: he aquí lo que significa el tiempo”. Es el espíritu el que realiza pasivamente las contracciones primarias del hábito y el que pasivamente desarrolla los objetos virtuales pertenecientes al “inconsciente intersubjetivo”, por lo que Deleuze sostiene que “la repetición es, pues, en su esencia, *simbólica*, espiritual, *intersubjetiva*.”¹⁹ Al partir desde un sistema intensivo carente de identidades, la repetición, y sus distintos niveles de repeticiones, no poseen series originarias, y es el instinto de muerte quien pone en evidencia el complejo sígnico de diferencias por debajo de las identidades construidas. Así la repetición en su vínculo con la muerte no quiere ya tender a la mismidad, sino precisamente a evitar determinismos irrevocables. Aunque la vida se proteja a sí misma mediante la repetición, no hay vida primero y luego repetición-protección: las diferencias intensivas, sus interacciones, sus complejos sígnicos son el no-origen originario, “es el retardo lo que es originario”²⁰.

3

¹⁷ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 30.

¹⁸ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 47.

¹⁹ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 168.

²⁰ Cf. Derrida, J., “Freud y la escena de la escritura”, p. 327 y Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 194.

Por su parte, el texto de Derrida citado por Deleuze a esta altura del argumento de *Diferencia y repetición*, “Freud y la escena de la escritura”, se interesará especialmente por evaluar el alcance que tienen las distintas metáforas freudianas que intentaron explicar el inconsciente como un sistema de escritura²¹. En un *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895) la cuestión aparece en términos neuronales y neurofisiológicos, es decir, como procesos psíquicos producto de excitaciones e intensidades cuantitativamente determinadas. La memoria es en este texto producto de la acción de la intensidad de las impresiones y excitaciones causadas por la experiencia. El abrirse paso de las excitaciones entre las neuronas de distintas plasticidades, sostiene Freud, es doloroso, por lo que incluirá ya una economía y una defensa frente a grandes intensidades y grandes excitaciones, en tanto pueden hacer peligrar la organización psíquica. Dice Derrida que, en el *Proyecto...*, cuando Freud explica la memoria de esta manera, ya descubrió una temporalidad discontinua y aceptó la diferencia intensiva en el origen. Por lo que, en tanto Freud hace partir su psiquismo de un campo solamente intensificado y encuentra un presente siempre reconstituido por los signos de la memoria, sus conceptos son útiles para criticar lo que Derrida llama aquí fonocentrismo.

La representación tiene como objetivo hacer presente lo que no está presente como si lo estuviera, es decir, ser fiel copia del modelo original que quiere representar, por lo que se postula en relación a una identidad concebida. Recordemos que según Freud la repetición, como principio más profundo del inconsciente, lleva compulsivamente a repetir huellas mnémicas del pasado que no caen bajo las características de la representación. Estas huellas, fuera de los parámetros de la representación del recuerdo elaborado, actúan así mediante retrasos temporalmente difusos: por represión y transferencia. Los elementos virtuales del pasado poseen un accionar “fantasmático” por su carácter indefinido de presencia/ausencia: una presencia de alguna manera se actualiza, se transfiere un tanto, se ve reprimida un otro tanto. Si la representación pretende obviar la diferencia temporal en que acontece y presentar el modelo como si ningún desliz, ningún resto, y ningún excedente quedasen entre la representación y el modelo representado; las ideas de repetición, de transferencia y de represión que surgen en el inconsciente freudiano, tienen como objetivo patentizar justamente lo contrario. Aunque, como vimos con Deleuze, no lo suficiente: aún en *Más allá del principio de placer* observamos que Freud sostiene la primacía de una de las series pasadas; los acontecimientos infantiles que funcionarían como un original.

De esta manera es que Freud se muestra según Derrida como un potencial rival del fonocentrismo, o al menos con las armas necesarias para serlo. Fonocentrismo es el nombre que da Derrida a la filosofía de la presencia y la representación que desde Platón ha privilegiado la voz como dadora de sentido de sus doctrinas. La voz que enuncia las distintas doctrinas filosóficas brinda la idea de la presencia de su autor tras ellas, por lo que las ideas filosóficas gozarían de una estabilidad que garantizaría que éstas conserven un sentido idéntico a través del tiempo y el espacio. Por el contrario, la noción de escritura muestra, según Derrida, el carácter independiente y separado del texto, que queda así libre de verse interrelacionado con diferentes receptores y contextos, y es entonces capaz de recibir diversas interpretaciones y distintos sentidos. Y esta idea del texto escrito en oposición a la

²¹ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, p. 194.

phoné es lo que Derrida rastrea en la obra de Freud desde el *Proyecto...* hasta *El "block" maravilloso*. Sostiene Derrida que, cuando Freud abandona el vocabulario neurofisiológico del *Proyecto...*, descubre, en un gran paso, lo simbólico, por lo que el inconsciente no podrá más que ser explicado como sistema de escritura²².

Sin embargo, ¿por qué Freud padece, según Derrida, de un "fonologismo congénito"? Durante el recorrido por los distintos textos de Freud, Derrida llama la atención sobre de qué manera, en las transcripciones, traducciones e interpretaciones entre los diferentes estratos psíquicos, Freud supone siempre un estrato último done hacer recaer el análisis: un texto original que funciona como modelo con el cual contrastar las traducciones. Así aparecen muchos ejemplos en la misma dirección crítica que Deleuze. En el caso de *La interpretación de los sueños*, por dar sólo uno, los sueños mismos son considerados como antiguos pasos abiertos cuyo significado retiene los signos de un antiguo trauma sin elaborar; para interpretarlo y elaborarlo, habría que confeccionar un diccionario *personal* de cada paciente. Así, Freud, al seguir pensando la repetición en relación con la representación, donde sólo se repite lo que no se concientiza, puede sostener que una huella mnémica puede ser rearmada y elaborada²³.

Aun con lo rica y útil que puede llegar a ser, sin embargo, Freud no llevó tan lejos la metáfora del inconsciente como sistema de escritura. Esta metáfora permite a Derrida explicar también desde el lenguaje los desplazamientos temporales. El signo queda secundando al original respecto al cual es una mediación, funciona en la ausencia de lo significado como presencia diferida. Esta diferencia temporal es así posibilidad del sistema conceptual en general, en tanto cada concepto está inscripto en una cadena o en un sistema en el cual siempre remite a otros conceptos. Si bien estas diferencias parecen efectos de la presencia,

"la diferencia es lo que hace que el movimiento de la significación no sea posible más que si cada elemento llamado presente se relaciona con otra cosa guardando en sí la marca del elemento pasado y dejándose ya hundir por la marca de su relación con el elemento futuro, no relacionándose la marca menos con lo que se llama futuro que con lo que se llama el pasado, y constituyendo el presente por esta misma relación con lo que no es él."²⁴

²² Derrida cita una carta de Freud de 1896: "Como sabes, estoy trabajando sobre la hipótesis de que nuestro aparato psíquico se ha constituido por una superposición de estratos, es decir, que de tanto en tanto el material existente en forma de huellas mnémicas se somete a una reestructuración, según nuevas relaciones, a una transcripción. Lo esencialmente nuevo de mi teoría es la afirmación de que la memoria no está presente una única vez sino que se repite, se consigna en diferentes clases de signos..." Derrida, J., "Freud y la escena de la escritura", p. 332.

²³ Cf. "Capítulo 2. El método de interpretación onírica. Ejemplo del Análisis de un sueño" en *La interpretación de los sueños* (1900), en Sigmund Freud *Obras Completas* Tomo I, traducción por L. López-Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1976, pp. 406-421. El método propuesto aquí por Freud para interpretar los sueños consiste en una variante del "método descifrador", que no quiere ser una *traducción mecánica*. Para lo cual el método requiere de "Información preliminar" sobre el contexto personal del paciente. "Mi procedimiento no es tan cómodo como el del popular método descifrador, que traduce todo contenido onírico dado conforme a una clave fija. Por el contrario, sé que un mismo sueño puede presentar diferentes sentidos, según quien lo sueñe o el estado individual al que se relacione".

²⁴ Derrida, J., "La Différance", Conferencia pronunciada en la Sociedad Francesa de Filosofía el 27 de enero de 1968, en: Derrida, J., *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1994, pp. 48-49.

Porque, además, en este espacio temporal que se abre entre los elementos del signo, el significado mismo se ve desplazado, produce un resto, una falta y un excedente. “La escritura es impensable sin la represión. Su condición es que no haya ni un contacto permanente ni una ruptura absoluta entre las capas”²⁵. Sucede que, claro, a Derrida le servirá tirar de esta metáfora y extenderla. Porque, aparte de resultar crítica al fonocentrismo, pone en el centro de la personalidad individual el elemento social por excelencia: el lenguaje. El lenguaje escrito posee un funcionamiento en el mundo del sentido común que, sin embargo, como metáfora del funcionamiento del inconsciente, muestra bien el sistema de diferencias compartidas que es el inconsciente. Al ampliar esta metáfora más allá de donde la llevó Freud, Derrida logra explicar desde ella la presencia de este SE impersonal en la conformación del inconsciente y abrir el problema de su relación con el mundo: “la escritura abre la cuestión de la técnica: del aparato en general y de la analogía entre el aparato psíquico y el aparato no-psíquico; en este sentido la escritura es la escena de la historia y el juego del mundo”.

4

Luego de que en el primer capítulo de *Diferencia y repetición* se haya logrado una caracterización de la representación a partir de las categorías de la identidad, la oposición, la analogía y la semejanza, en el segundo capítulo el proyecto es reanudar la crítica humeana y atacar estas ilusiones, que históricamente desembocaron tanto en sostener una identidad sustancial como un sujeto capaz de sintetizar las representaciones desde un lugar fijo. Sucede que Deleuze encuentra útil, en este segundo capítulo, reformular las nociones temporales freudianas para realizar esta crítica y poder sostener así, primero, la radicalidad intensiva del inicio del Ello, segundo, la consecuente falta de originariedad de las series temporales que se conformen a partir de allí, y, tercero, su apertura al SE impersonal.

Entonces, en resumen, la cita al texto freudiano de Derrida en *Diferencia y repetición* sirve, primero, para realzar esta coincidencia en la idea de un retraso originario postulado por Freud como punto inicial del Ello. Si el aparato psíquico se constituye como un juego de fuerzas e intensidades cuyo producto son la consciencia, la presencia y la representación, como efectos de un sistema de la diferencia, al hablar de una diferencia originaria, nos referimos a un no origen originario, a una falta de identidad inicial. De manera que decir que existe una represión originaria o que en el origen está el retardo equivale a decir que en el origen está el signo, aquello que adquiere sentido a sus interrelaciones dentro de un sistema.

Por eso, también para el segundo punto, la metáfora freudiana que retoma Derrida resulta tan ilustrativa. Freud descubrió el problema de la latencia, la irreductibilidad del retardamiento y el destiempo, y encontró un modo de explicarlo en la metáfora de la huella escrita. Tanto Deleuze como Derrida perciben la importancia conceptual de esta innovación. Ya que Freud descubre así también el fantasma, pero, lo que es originario en el fantasma no es una serie respecto a otra, sino la coexistencia interrelacionada entre las diferentes series. De esta manera, plantea un tiempo no lineal, que está obligado a pasar por donde ya pasó,

²⁵ Derrida, J., “Freud y la escena de la escritura”, p. 362-363.

un signo que para formarse necesitó diferir. Sólo desde el punto de vista de la representación las series temporales son sucesivas y se dice que la segunda se parece a la primera, que una está antes y otra después. Así se da esta paradoja de las series que se suceden en la realidad pero que coexisten simbólicamente con respecto al pasado puro. De manera que este sistema excluye la asignación de una serie original y otra derivada, de un modelo y una copia: en él, “no hay por qué preguntarse cómo el acontecimiento de la infancia actúa con retraso. Es ese retraso, pero ese retraso mismo es la forma pura del tiempo”²⁶.

En tercer lugar, entonces, la crítica a Freud es estructuralista. Si Deleuze, para realizar su crítica, eligió proponer un recorrido especulativo propio sobre la conformación del inconsciente desde un Ello contractuante (por la que descubre una estructura impersonal y pre-individual sónica e intensiva), en cambio, Derrida, en “Freud y la escena de la escritura”, escogió, por su parte, rastrear la metáfora freudiana que explica el inconsciente como un sistema de escritura para luego llevarla hasta las últimas consecuencias (y dar cuenta así de una estructura lingüística impersonal y pre-individual). Por debajo de las dos estrategias, las objeciones que formulan Deleuze y Derrida al esquema freudiano coinciden en que no sólo no hay series originarias, sino que las series tampoco son personales. Esto supone un cambio en el punto de vista de concebir el inconsciente. Bien ya sean producto de las tres síntesis propuestas por Deleuze o bien de la metáfora freudiana-derridiana, entender el inconsciente como un sistema de símbolos que goza de autonomía, y en el cual los sujetos se insertan de manera pasiva y larvaria, requiere abandonar el enfoque conflictivo y económico. Debemos ahora enfrentarlo como a un problema y reintentar armar las series con elementos simbólicos móviles capaces de relacionarlas.

Bibliografía

DELEUZE, G., *Diferencia y repetición* (1968), traducción de M. S. Delpy y H. Beccacece, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.

DERRIDA, J., “Freud y la escena de la escritura”, conferencia pronunciada en el Institut de Psychanalyse en marzo de 1966, en: Derrida, J., *La escritura y la diferencia* (1967), Madrid, Editora Nacional, 2002, pp. 317-370.

DERRIDA, J., “La Différance”, Conferencia pronunciada en la Sociedad Francesa de Filosofía el 27 de enero de 1968, en: Derrida, J., *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1994, pp. 37-62.

FREUD, S., *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895) y *La interpretación de los sueños* (1900), en *Sigmund Freud Obras Completas Tomo I*, traducción por L. López-Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1976, pp. 209-276 y 343-720.

²⁶ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, op. cit., p. 193.

FREUD, S., *Más allá del principio de placer* (1920) y *El "block" maravilloso* (1925), en *Sigmund Freud Obras Completas Tomo 3*, traducción por L. López-Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1976, pp. 2507-2542 y 2808-2811.